

GABRIEL ROLÓN

EL DUELO

Cuando el dolor
se hace carne



Gabriel Rolón

El duelo

Cuando el dolor se hace carne



INTRODUCCIÓN

Toda persona lleva el olor de sus muertos.

Marcas feroces de quienes amamos u odiamos anidan en la cara, los gestos, los dichos, los silencios y el modo de querer y sufrir de cada uno de nosotros. Nos habitan restos de un pasado que jamás serán pasado porque se actualizan en actos y pensamientos que guían el curso de nuestras decisiones. Somos, en parte, aquello que perdimos.

Esta idea se me impuso a las diez de la noche de un día de invierno en Buenos Aires. No fue casual; aquel no era un día como cualquiera. Un llamado urgente me hizo volver al consultorio a esa hora, pero esa voz angustiada no permitía dilaciones.

Estaba lloviendo y hacía mucho frío. Bajé del taxi y corrí hacia la puerta. Entré y encendí las luces.

Después de tantos años de práctica clínica vi a decenas de pacientes transitar sus pérdidas, asomarse al vacío de sus soledades y enfrentar sus dolores más profundos.

En *El precio de la pasión* afirmé que el consultorio era un lugar apasionado. Hoy digo que es también un lugar lleno de dolor, aunque no todos los dolores son iguales. Algunos carecen de sentido aparente. Son dolores misteriosos e incomprensibles

que provocan un tormento que no cesa. Un tormento vano que no conduce a la resolución del conflicto que lo causó. Lejos de eso, orada nuestras defensas y penetra cada vez más hondo hasta dejarnos frente a un abismo que cautiva. A esa extraña fascinación que genera el horror, a esa búsqueda patológica de arañar nuestras heridas los psicoanalistas la llamamos *goce*.

Otros dolores, en cambio, resultan del esfuerzo que hacemos por mantenernos a flote luego de haber sufrido una pérdida importante. Esos dolores son inevitables y forman parte de un proceso que todo doliente debe atravesar.

Los lazos que nos unen con aquello que queremos son lazos invisibles, pero no por eso menos fuertes. Por el contrario, resisten al tiempo y la razón, y no pueden desatarse sino al costo de un enorme esfuerzo.

Cuando irrumpen la muerte, el desengaño, la frustración o el desamor, el vínculo se altera, los lazos se niegan a aceptar la pérdida, se tensan, y esa tensión genera un dolor difícil de soportar. En eso pensé aquella noche mientras esperaba la llegada de Martina. La esperaba, sí, pero de todos modos el sonido del timbre me sobresaltó.

Al verla comprendí que había pasado algo malo.

No era sólo la falta de esa sonrisa generosa que solía mostrar cada vez que llegaba, había algo más. Un peso, un vacío, esa oscuridad sin nombre que con el tiempo aprendí a reconocer.

Atravesó la recepción sin hablar y se dirigió al consultorio. Miró el diván y optó por sentarse frente a mí. Me quedé callado. A los pocos segundos, como si el ámbito le hubiera permitido abrir una compuerta que hasta ese momento se había esforzado por mantener cerrada, agachó la cabeza, la apretó con sus manos, y un grito desgarrador inundó el lugar.

Me dolió. Lo sentí en el pecho y me incliné hacia ella para percibir aún más las vibraciones de su angustia. En situaciones

como esas, suelo achicar la distancia física para estar más cerca. Comprendí hace mucho que un analista no es sólo escucha, también debe ser una presencia dispuesta a captar con cada una de sus fibras el dolor que emana del paciente.

Cuando ocurre un desgarro emocional el cuerpo resulta incapaz de contener ese dolor enloquecido y necesita expulsarlo de algún modo. Entonces, el analista tiene que abandonar el lugar de abstinencia y hacerse presente para recibirlo, e incluso compartirlo hasta que surja la palabra que acote en algo el sufrimiento.

El Psicoanálisis es el arte de poner sentido donde sólo había angustia. Es también el arte de crear un vínculo que aloje tanto dolor.

No todo el que tiene un título habilitante está capacitado para ejercer el Psicoanálisis. No basta estudiar, hacer una carrera y recibirse. Tampoco alcanza con haber llevado adelante un profundo análisis personal. El analista es, antes que nada, un artesano cuyas herramientas son el conocimiento, la escucha, la intuición y la capacidad de mirar cara a cara el padecimiento ajeno sin huir de él ni caer en la tentación del consuelo. El primer movimiento terapéutico de un analista es absorber ese dolor descontrolado y alojarlo hasta que pueda transformarse en un dolor soportable. Para que esto ocurra, ese afecto insensato debe encontrar un espacio en el mundo de las palabras. No es algo que suceda de un momento a otro. Por el contrario, lleva mucho tiempo, pero sólo de esa manera es posible simbolizar lo que hasta ese instante era un sufrimiento mudo.

No es un tiempo cómodo para mí. A veces me siento perdido. Desorientado y sin respuestas me limito a ser una compañía silenciosa y recibir las conmociones del paciente. Por eso dejé llorar a Martina sin interrumpirla.

No entendía qué podía haber pasado. La última vez que la vi estaba feliz, a punto de emprender un viaje al Norte con su hija. Desde hacía tiempo tenían el deseo de estar unos días a solas. Melanie estaba creciendo y Martina quería conversar con ella, mirar el paisaje, reírse y compartir algunas infidencias “antes de que fuera demasiado tarde”. Así lo había expresado.

Imaginé que regresaría contenta, llena de anécdotas divertidas acerca del viaje. Lejos de permitirse estas suposiciones un analista debe estar dispuesto a la intervención inesperada del azar. Y aquella vez el azar se vistió con ropas de tragedia.

—La maté —dijo de pronto—. Maté a mi hija.

Me angustié, como si mi Inconsciente se hubiera enlazado al suyo de un modo tan profundo que ya no podía discernir a cuál de los dos pertenecía el dolor.

No sabía qué había pasado, pero comprendí de inmediato el camino que tenía por delante. Lo supe en un segundo. Martina y yo comenzaríamos un descenso a los Infiernos, un proceso difícil, cruel pero inevitable. Nos esperaba el desgarramiento y lo incomprensible, el absurdo y la angustia.

Nos esperaba el duelo.